

y entonces, con acento de victoria,
«*Amén*» dijo un tambor ¡y se rëia
con unas carcajadas horrorosas !!

¡Hijos! ¡Ah, que el dolor parta la lengua
del vil y audaz que de su Dios se mofa !



EL PADRE.



TODAS las noches llegaba
ya borracho á recogerse,
y á su querida pegaba
con furor, hasta caerse.....

Y mientras se retorcia
blasfemando contra el suelo,
maldecía, maldecía
de los hombres y del cielo.

¡En qué negros precipicios
lloraban los dos sus penas!
Los apuros y los vicios
les labraron sus cadenas.

Ella, después de sufrir
mil ansias, buscó su apoyo,

por no tener que dormir,
en el fango del arroyo.

Él, que nunca la encontró
dulce ni tierna jamás,
cada noche que volvió
la maltrató más y más.

Y sus gritos incoherentes
y á menudo aterradores
asustaban á las gentes
de aquellos alrededores.

Fruto del torpe yacer
de aquel hombre tan rüin
y aquella mala mujer,
un hijo nació por fin.

Apenas sobre su frente
sintió lo que gusta el beso.....
y ni fué más displicente
ni menos puro por eso.

Aquella noche su padre
volvió como de costumbre,
y al contemplar á la madre
junto al amor de la lumbre

tranquilamente meciendo

al chiquitín en la cuna,
se detuvo, conteniendo
sus mañas una por una.

Hacia su terrible amante
la mujer se revolvió
y, descompuesto el semblante,
con ira: «¡Ven!» le gritó.

«Pégame, ¿qué te detiene?
¡Pega, furia del infierno!
¿Es que baja el pan? ¿que viene
más compasivo el invierno?»

¿Qué sospechas? ¿qué te asusta?
¿Es que te vas enmendando?
¿Es que por fin no te gusta
ser canalla? ¿Desde cuándo?»

Y él, sin öirla, muy quedo
y hasta con voz de cariño
decía: «¡Si! ¡Tengo miedo
de que se despierte el niño.

